

FEM, I(3): 89-91

Abril - Junio, 1977

59.63

1. Mujeres
2. Educación - Aspectos sociales

**
MUJERES DEPENDIENTES

** /
Ignacio Ramírez (1818-1879), conocido también por el seudónimo de el Nigromante, no sólo fue un buen escritor de la generación mexicana que constituyó la Academia de San Juan de Letrán, sino que dedicó sus esfuerzos de manera continua al desarrollo de la educación en México. Como liberal se opuso teñazmente a la enseñanza religiosa en las escuelas, aún en contra de otros liberales como Ignacio Manuel Altamirano. También luchó por lograr la educación de las mayorías, incluyendo en éstas, por supuesto, a los grupos indígenas siempre marginados.

Hoy transcribimos en esta sección de fem., lo que pensaba acerca de la educación de la mujer, que sorprende por su modernidad, pues si bien no se inclina por la absoluta igualdad, en cuanto a las posibilidades laborales en hombres y mujeres, sí delata la situación de la mujer como "mueble de lujo" en las clases acomodadas, y como "el primero de los animales domésticos" en el caso de las clases menos privilegiadas. Concluye Ramírez proponiendo la igualdad en la educación primaria, para eliminar esta situación de desigualdad y dependencia".¹

¹ /Escuelas Laicas, Colección "El liberalismo mexicano en pensa-

/V RAMIREZ/

13.05
8277

MEXICO

190c

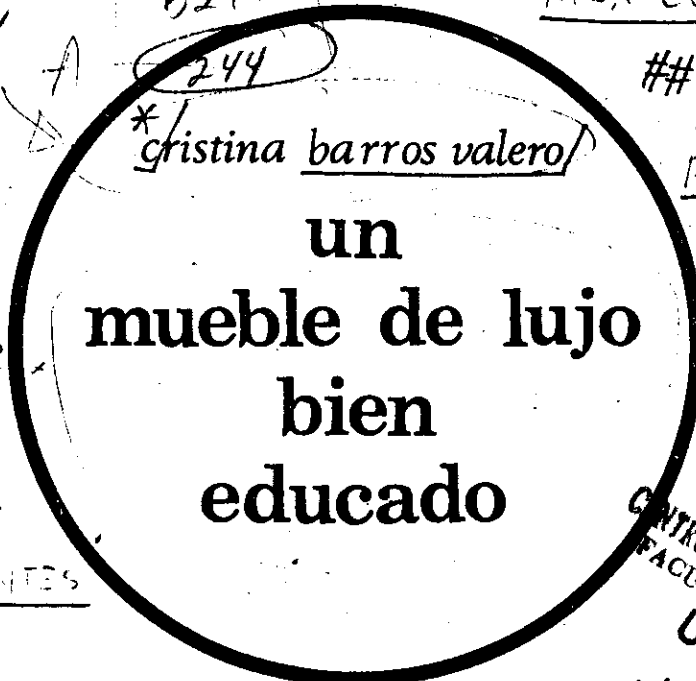
52146

244

* /Cristina barros valero/

UNIV NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

FAC DE FILOSOFIA
Y LETRAS



un
mueble de lujo
bien
educado

CENTRO ** MUJER, EDUCACION
DE ESTUDIOS DE LA MUJER
FACULTAD DE PSICOLOGIA
U. N. A. M.
**
Educación de la mujer

Hemos afirmado que la instrucción de las mujeres debe ser igual a la de los hombres. Algunos de nuestros lectores creerán que nos entregamos a la utopía, y otros sospecharán que repetimos maquinalmente lugares comunes, sin que nuestro sistema pueda aparecer con una forma determinada en el terreno de la práctica. Conviene, pues, que expresemos con toda claridad nuestras convicciones.

No nos ocuparemos de la mujer como ha existido en los siglos pasados: máquina de placeres en unas naciones, máquina para hacer hijos y vestidos y comida en otras, y en las más, un positivo mueble de lujo para los ricos, y un dependiente, el primero de los animales domésticos, para los pobres. Tampoco la consideraremos en el porvenir que desean realizar los reformadores más audaces: igual al hombre en las cátedras, en los tribunales, en la tribuna y acaso en los mismos campos de ba-

miento y en acción", dirigida por Martín Luis Guzmán, No. 7. Empresas Editoriales, México, 1967.

@

89

talla. Nos fijaremos, pues, en la mujer, tal cual hoy alumbra nuestro hogar, brilla en los festines y en los bailes, desciende del altar para formar una nueva familia y se encuentra terminantemente clasificada por las leyes divinas y humanas.

La mujer tiene hoy la personalidad religiosa y la civil, y sólo le falta la política; por la personalidad religiosa es ni más ni menos como el hombre, pues tiene la misma responsabilidad de sus acciones, los mismos derechos, idéntica inteligencia y las mismas esperanzas; Dios no distingue entre hombres y mujeres, y en una vida columbrada por la imaginación no se concibe la diferencia de sexos. La personalidad civil la hace apta para cuidar de su persona y de sus intereses; hasta puede ejercer la tutela; sólo en la sociedad conyugal aparece subalternada; pero si su capacidad es superior a la del marido, ella puede entrar fácilmente en la administración de los bienes sociales. Así es que sólo en los negocios políticos aparece la clase mujeril como un pueblo conquistado; pero entretanto que se emancipa, ¡cuánta influencia no ejerce en toda clase de negocios! Y, ¡cosa rara!, la mujer que no puede ser elector ni alcalde, puede ser reina. Alguna revolución admirable debe salir de la situación actual cuyas anomalías no pueden explicarse.



En resumen, la mujer es todo, menos lo que tiene relación con el sistema administrativo de las naciones. Pero precisamente en ese mismo caso se encuentran la mayor parte de los ciudadanos bajo los gobiernos despóticos; a esa condición del bello sexo se miran relegadas, en monarquías que se llaman constitucionales, muchos millones del pueblo, sólo por su ignorancia o su pobreza; y lo mismo que las mujeres, en muchas repúblicas no fungen en los negocios ni en los puestos públicos millares de individuos, ya por pertenecer al partido vencido, ya por su incapacidad notoria, ya por costumbre y ya también por la imperfección de las leyes. Y todo esto no es un impedimento para que la enseñanza comprenda a todos los varones. ¿Por qué, pues, excluir a las hembras, sólo porque no constan en el censo de electores y elegibles?

Pero hay una preocupación vulgar que equivale a decir que las mujeres nada deben saber o deben saber poco. Las pobres deben conformarse con saber guisar y coser; las ricas, con saber vestirse; todas, en su juventud, deben competir en gracias y artificios con las prostitutas; en su vejez deben entregarse a la devoción y al lenocinio. Los conocimientos sólidos hacen de las mujeres unas insorportables pedantes; las mujeres no deben cuidar de sus negocios, porque no los entienden y porque se convierten en tomineras; las mujeres, aunque por su talento, por su carácter y por la legislación civil puedan, no deben emanciparse de sus padres, hermanos y marido.

Esto se dice vulgarmente, pero nosotros no dejaremos sin una crítica racional tan funestos absurdos.

Una mujer, por donación o herencia, tiene un capital considerable; es seguro que con la educación que ella ha recibido no puede administrar sus fincas, sean rústicas o urbanas, ni hacer frente a las graves atenciones que demanda el comercio o una industria por pequeña que sea; esa mujer capitalista tiene que entregar a ciegas sus intereses al primer varón que se le presenta. ¿Qué sucede? Entre mil casos de esa especie, novecientos noventa dan un resultado que todos conocemos: los padres, los maridos, y principalmente los hermanos y otros parientes, se entregan al despilfarro, y la víctima debe recibirlos con sonrisa, so pena de pasar como un monstruo de desamor y de avaricia. Si la mujer, con esos elementos, no puede conservar su capital, menos puede formarlos, y la prostitución es su único recurso y consuelo. Ya sería muy grave tan triste y oprobiosa situación si sólo recayera en las mismas mujeres, pero el mal es intolerable si atendemos a que generalmente pesa



entero sobre los hijos, para quienes la orfandad siempre es un horror a la sombra de una madre inepta, por amorosa que sea.

Consolad ahora, consolad a esos millones de mujeres a quienes sus hermanos, amantes y maridos arruinan cada día; consoladlas diciéndoles: "No tenéis alimento, ni vuestros hijos tienen educación; estáis a las puertas del hospital o de la prisión; pero, ¡qué gusto!, no os habéis degradado hasta llevar un libro de cuentas, hasta celebrar personalmente vuestros contratos, hasta ver en una persona querida un deudor. Dios nos libre de una mujer que se ocupa de negocios; pierde su romanticismo y su coquetería".

Las mujeres deben cuidar de su persona y de sus intereses lo mismo que los hombres, y para eso es necesario instruir las, e instruir las profundamente y en toda clase de negocios prácticos. El romanticismo es un lujo y se aviene mal con la pobreza y la ignorancia; el romanticismo de una tonta cuesta un par de pesos en cualquier establecimiento sospechoso. Muchos ladrones cercan a las mujeres; por lo menos salvémoslas de aquellos que fingen quererlas para arruinarlas.

Pero fuera de ese interés personal, la instrucción de la mujer tiene una misión de primera importancia en las relaciones sociales; no hay necesidad de encarecer la conveniencia de difundir sólidos conocimientos por todas las clases del pueblo; para esto no bastan las escuelas, los primeros diez años de la vida humana; en esa temprana edad mucho se aprende y puede aprenderse mucho más. ¡Cuánta diferencia resultará entre una niñez pasada entre mujeres instruidas y nuestra actual infancia, que sigue amamantándose con miserables consejas! La curiosidad del niño busca de preferencia a las mujeres con la esperanza de quedar satisfecha; prodiga sus preguntas sobre objetos reales, y en lugar de observaciones se le contesta con cuentos; y diez años pasan sin que las semillas de las ciencias positivas se hayan esparcido en esa inteligencia naciente donde no todo florece de pronto, pero sí todo vegeta.

La instrucción pública, científica, positiva no será general y perfecta sino cuando comience en la familia; la naturaleza no ha querido que las mujeres sean madres sino para que sean preceptoras.